

SEDUCCION CRIMINAL

Atrapado en un laberinto de misterio y amor obsesivo,
buscará desesperadamente la verdad...

NOVELA

DARIAN NORTH

ATLANTIDA

Annotation

El escritor Owen Byrne consigue por fin dar el gran salto, el que le permite alejarse del Midwest por primera vez en su vida y trasladarse a las despiadadas calles de Nueva York. Byrne pretende escribir una cr3nica del asesinato de la d3cada, el homicidio de Bram Serian, un artista de fama mundial. La bella esposa asi3tica de Serian, la misteriosa y solitaria mujer a la que la prensa ha bautizado como la Viuda Negra, es la acusada. El proceso, sue1o de la acusaci3n, pesadilla de la defensa y bautismo de un autor in3dito, est3 a punto de ir a juicio y en 3l se conjugan las llamas de la muerte, que han borrado las pruebas esenciales del crimen, y el ardor de la relaci3n sentimental con una bella mujer que es o una v3ctima o una asesina desalmada y sin escr3pulos.

DARIAN NORTH

Seduci3n criminal

Traducci3n de Claudia Cabarocas

Editorial Planeta S.A

Sinopsis

El escritor Owen Byrne consigue por fin dar el gran salto, el que le permite alejarse del Midwest por primera vez en su vida y trasladarse a las despiadadas calles de Nueva York. Byrne pretende escribir una cr3nica del asesinato de la d3cada, el homicidio de Bram Serian, un artista de fama mundial. La bella esposa asi3tica de Serian, la misteriosa y solitaria mujer a la que la prensa ha bautizado como la Viuda Negra, es la acusada. El proceso, sueo de la acusaci3n, pesadilla de la defensa y bautismo de un autor in3dito, est3 a punto de ir a juicio y en 3l se conjugan las llamas de la muerte, que han borrado las pruebas esenciales del crimen, y el ardor de la relaci3n sentimental con una bella mujer que es o una v3ctima o una asesina desalmada y sin escr3pulos.

T3tulo Original: *Criminal seduction*

Traductor: Cabarrocas, Claudia

Autor: North, Darian

©1994, Editorial Planeta S.A

ISBN: 9788408011910

Generado con: QualityEbook v0.87

Generado por: Silicon, 03/06/2019

Darian North

Seduci3n criminal

TÍTULO original: Criminal seduction

Traducci3n de: Claudia Cabarrocas

Editorial Planeta S.A. 1994

ISBN 84-08-01191-X

A Michael Bradly

Algunos se elevan por el petado y otros por la virtud caen.

SHAKESPEARE

La necesidad de ir a la deriva, de destruirse, es una verdad extremadamente Intima, distanciada, apasionada y turbulenta.

GEORGES BATAILLE

Mirando atr3s se daba cuanta da que siempre la hab3a estado esperando. Esperando su abrazo. Dejarse tragar por la oscuridad de sus ojos

Trajo consigo la ca3da enfebrecida, el soplo ardiente que derribo todo lo que 3l hab3a sido hasta entonces y que le dejo en la boca sabor a cenizas Pero ahora, mirando atr3s, sab3a que no hab3a anhelado m3s que aquello.

Que siempre hab3a estado esperando.

UNO

EL TIEMPO pasa despacio en los montes Flint, en Kansas. Son tierras solitarias. Un mar ondulante de hierba sobre una cadena montañosa tan antigua que los enormes picos han quedado reducidos a cerros. Tierra de ranchos, reacia a la azada, sujeta a ventiscas, tormentas de polvo, tomados, sequías, granizo del tamaño de un puño, vientos violentos e inundaciones frecuentes en las tierras bajas que acunan los ríos.

Mientras recorría aquellas colinas montado sobre su caballo, Owen Borne tenía la sensación de estar remontando la historia y de que si seguía adelante se cruzaría con colonos, con manadas de búfalos y de indios Osage, y después con dinosaurios y finalmente con los glaciares y los volcanes que en un principio conformaron aquellos territorios. A veces, detenía el caballo y auscultaba el viento en busca del pasado, convencido de que estaba allí, murmurando a su alrededor, se sentaba sobre la hierba, bajo la mirada inquieta del caballo y de los perros, e intentaba imaginar todo lo que podía haber sucedido en aquel lugar concreto. Cada insecto ambulante y cada semilla germinada. Cada gota de sangre vertida en el acto de dar la vida o de quitarla.

Pero aquel día no pudo. Hacía meses que no podía. La inquietud le había curado de aquellas ensoñaciones ociosas.

Trató de concentrarse en las largas y armoniosas zancadas de la potra que salvaba distancias rápidamente. Trató de olvidarlo todo salvo el ruido sordo y metronómico producido por las pezuñas de su montura, salvo la mordida del viento en su rostro y salvo el placer que le procuraba aquella carrera poderosa y grácil en dirección al horizonte, pero

no había escapatoria. El zumbido persistente de la ansiedad continuaba. Trató de pertrecharse en un optimismo ciego y de persuadirse de que... de alguna forma todo se arreglaría. *De alguna forma*. Pero aquellas palabras le parecieron huecas.

Oyó el ruido de un avión; detuvo a la potra para alzar la vista y observarlo. La luz del sol se reflejaba en el fuselaje plateado. Desde allí abajo el avión parecía más pájaro que máquina; un pájaro gigantesco que planeara en las alturas rumbo a un destino exótico. Nunca había volado y había aceptado incluso que quizá no lo haría jamás, que su vida estaba trazada y que no conocería más que lo que, a sus treinta y dos años, había en ella.

Owen Borne, aquel hombre alto montado sobre una baya esbelta en medio de un vacío ondulante, podía haber sido una visión del pasado. Con su largo abrigo de lona de pionero, sus zahones lacerados y su fatigado sombrero vaquero negro, era la imagen del llanero solitario elemental. Parte del caballo, del entorno y de los sueños de una época remota. Pero Owen no era ni sueño ni visión. No era más que un hombre ocupado en su quehacer diario.

La potra sacudió nerviosamente la cabeza y se escoró en un baile de costado. Estaba domada desde hacía poco y su tolerancia ante la inmovilidad era limitada. «Tranquila», le murmuró mientras sostenía las riendas firmemente, y la forzó a seguir quieta unos momentos más antes de espollearla para que reemprendiera el medio galope. Cabalgaba con los ojos clavados en el suelo, en busca de más temerosos muertos.

Aquella misma mañana había encontrado otro feto, con el que ya sumaban treinta desde el Día de Acción de Gracias. Su esperanza inicial de que sólo un pequeño porcentaje del rebaño estuviera afectado se había trocado en resignación.

—Es un virus nuevo procedente de Suramérica parecido al de la enfermedad de Bangs —había declarado el ve-

terinario—. Se transmite por vía sexual. A los toros no les pasa gran cosa, pero todas las vacas afectadas perderán sus becerros antes de término.

Dado que el único producto del rancho eran los temeros, aquellas noticias eran devastadoras. Sin casi dejarle tiempo a digerirlas, el veterinario siguió explicando a Owen que los toros, tras una cuarentena y un tratamiento antibiótico, se pondrían bien, pero que el virus esterilizaba a las vacas. No podrían volver a criar. El rancho Borne Shamrock no sólo vería reducido el número de temeros destinados al mercado, sino que además perdería una cantidad importante de excelentes vacas reproductoras. Y dado que las vacas maduras no rendían gran cosa por kilo, pagara lo que pagara la fábrica cárnica en ningún caso bastaría para sustituir aquellas vacas en el rebaño.

Despachó el primer grupo de vacas enfermas aquella misma mañana. Vino a llevárselas un camión, y Owen participó personalmente en la operación de carga invirtiendo toda su angustia y su desespero en el desgaste físico. No sólo se trataba de unas pérdidas financieras gravísimas; los animales destinados al matadero eran vacas reproductoras de primera que él alimentaba, cuidaba y conocía desde hacía años.

Pero no había más remedio que proceder a la eliminación. No podían permitirse seguir alimentando a vacas estériles durante el resto del invierno. Es más, dadas las circunstancias, ni siquiera sabía si podrían seguir alimentando a las productivas. Rememoró la nochebuena en que unos cuatreros se llevaron un semiremolque lleno de ganado. Lograron sobreponerse a aquel golpe, y de alguna forma lograrían sobreponerse a éste. De *alguna forma*. Otra vez aquellas palabras.

La potra galopó hasta la cima de un altozano, entonces aparecieron a sus pies los extensos rediles, la choza de los antiguos colonos y el esqueleto invernal del inmenso peral. Su madre quiso talar el árbol poco después del funeral de

su hermano, pero Owen consigui3 convencerla de que no lo hiciera. No s3lo porque en aquella zona escaseaban los 3rboles, sino porque Terry le ten3a un gran cari3o a aquel 3rbol; hab3a cercado los rediles y construido la red de canalizaciones de forma que quedara protegido.

Para Owen, aqu3l era el aut3ntico monumento de su hermano y no la ornada l3pida de granito del cementerio de Cyril. 3sa era la gran obra de Teny, pensada para que el cuidado diario del ganado —herrar, descornar, castrar y vacunar a los animales— pudiera llevarse a cabo de forma mucho m3s r3pida y eficaz que en los viejos tiempos. Ahora que Owen efectuaba la mayor parte del trabajo sin ayuda de nadie, aquella construcci3n le parec3a inestimable. Sin ella le habr3a resultado imposible dar abasto, as3 que consideraba la zona de trabajo como el legado que Terry le hab3a dejado.

Pensar en la muerte de su hermano le aproxim3 a una vasta zona de oscuridad en la que tem3a adentrarse, as3 que despej3 r3pidamente su mente y permiti3 que la potra se lanzara al galope. El animal arranc3 su carrera ansiosamente y los perros pasaron apuros para seguirla.

Se acercaron a los rediles donde pastaban los toros del rancho. Owen siempre los manten3a separados del reba3o durante varios meses para evitar que las vacas parieran en pleno invierno y para que no pusieran en peligro la supervivencia de los recentales y, en algunos casos, tambi3n de las madres. Aquel a3o, con el virus, la separaci3n era todav3a m3s imperativa.

De pronto, junto a la choza, la potra solt3 un relincho y empez3 a patear lateralmente. Hubiera podido forzarla a seguir adelante, pero los perros sumaron sus ladridos a la inquietud del caballo. Entonces, 3l tambi3n pudo advertir en el aire el leve pero inconfundible olor a sangre.

Se ape3 y at3 la potra en uno de los extremos de la choza. Luego rode3 el edificio hacia el lugar donde los toros se daban empellones y bufaban creando una pared de

cuerpos musculosos mientras intentaban hacerse un lugar en los pesebres. Cuando los recogían en el aprisco estaban hambrientos, vorazmente hambrientos, y casi tan vorazmente en celo. A menudo se preguntaba qué opinaría un sociólogo del comportamiento sexual de los toros. Cuando salían de los rediles, y aunque no hubiera vacas que cubrir durante días, o incluso semanas, las bestias se evitaban entre sí. Y, sin embargo, durante su estancia en los rediles, no dejaban de excitarse mutuamente montándose los unos a los otros acorde a un orden descendente de poder y de talla. La ley del más fuerte, decía su hermano.

—A ver, chicos —dijo mientras los inspeccionaba con la mirada en busca de heridas—. ¿Quién está sangrando por aquí?

Los toros alzaron sus húmedos hocicos en su dirección y husmearon con fuerza rastreando el aroma de los cubos prensados o del grano. Se encaramó a medias sobre la verja y la masa musculosa se revolvió inquieta. Oteó desde aquella altura más allá de los anchos espinazos de los animales más grandes, situados en primera línea, y pudo examinar a los animales más jóvenes, más pequeños, que habían quedado acorralados en la parte trasera. Y comprobó que pateaban alrededor de un animal caído.

—Estupendo —dijo en voz alta convencido de que el toro derrumbado tenía que ser el que su padre acababa de comprar.

Tomó uno de los cubos de hierba prensada almacenados en la choza y llenó un pesebre en el extremo opuesto de la serie de rediles. Como era de prever, los toros salieron de estampida hacia la comida bramando y arremetiendo entre ellos por lograr las primeras posiciones. Cerró una cerca para impedir su regreso y luego se acercó al animal postrado.

El torito, incluso rodeado de un charco de sangre y de excrementos y con una mirada vidriosa en los ojos, era una preciosidad. Owen se agachó a su lado y oyó un leve ron-

quido respiratorio que le salía de los hocicos cubiertos de costras y de sangre. Palmeó la nuca del animal y murmuró: «Tranquilo, muchacho, tranquilo», pero el animal ni siquiera se revolvió bajo su mano. Owen sintió que un profundo cansancio le penetraba en los huesos.

La víspera, su padre había regresado de la subasta alardeando de haber hecho un negocio excelente y de haber logrado que alguien trajera al animal en un remolque hasta los rediles del rancho. Owen, desconcertado ante la noticia de que su padre hubiera gastado un dinero del que andaban escasos en un toro innecesario, no pidió aclaraciones en relación al animal, ni su edad, incapaz de imaginar que su padre había encerrado a un animal muy joven con los sementales. Pero Clancy Borne, que desde hacía tiempo había decidido hacer caso omiso del escaso sentido común del que en alguna época hubiera gozado, había hecho exactamente eso. Había abandonado a un becerro en medio de los brutos, y éstos lo habían montado, derrumbado, golpeado y pateado durante toda la noche.

Owen regresó junto a su caballo y desenfundó el rifle que llevaba en la silla; luego escaló la cerca para meterse de nuevo en el aprisco de suelo endurecido y lo atravesó. A lo lejos, una ristra de nubes se movía sobre las oscuras colinas. Los toros habían terminado de devorar la hierba y lo miraban fijamente a través de la cerca. Los perros avanzaban y retrocedían con impaciencia esperando una señal para dar caza.

Owen se giró y apuntó en un movimiento lento e ininterrumpido. El rifle chasqueó. El animal caído tuvo una sacudida. Los perros huyeron. Del agujero de entre los ojos vidriosos empezó a manar sangre. Luego, Owen terminó de alimentar a los toros y se fue.

Montó con fiereza e imprudencia, hasta que el viento le hizo subir lágrimas punzantes a los ojos y no tuvo más remedio que moderar la velocidad para poder ver. La rabia lo ahogaba, lo embargaba de tal forma que se asustó. Des-

montó y siguió a pie, con las riendas de la potra en la mano, para forzarse a volver a la normalidad. Aquella ira tan extrema no era razonable. Su padre, desde luego, había hecho cosas peores. Incluso él había tenido que hacer cosas peores.

Respiró profundamente mientras avanzaba, tragándose la rabia en cada respiración y obligando a los demonios a regresar a su guarida. Cuando lo consiguió se sintió vacío y exhausto por sus estados de ánimo personales y por algo más importante, algo vago, indesignable, que le llegaba de todas partes.

Mientras se izaba de nuevo sobre la silla le pareció oír un campaneo. Inmovilizó la potra y se inclinó ligeramente hacia adelante para aguzar el oído. No, no había imaginado el sonido. Alguien estaba tocando la gran campana del rancho. El tañido sombrío flotaba a favor del viento, unas veces nítido y profundo, otras apenas audible. Finalmente entendió el mensaje. No era el toque angustiado de una emergencia, sino sencillamente un aviso para que regresara. Se revolvió sobre la silla al recordar que tenía previsto controlar los apaños del cercado en el derrumbe del arroyo, pero aquella convocación le produjo una enorme curiosidad.

Tiró de las riendas y encaró la potra en dirección al establo, a la casa y a la campana. El examen de la cerca podía esperar. En último caso lo haría de noche con los faros de su camioneta.

El sol invernal ya bajaba en el cielo cuando fue a dejar la potra en su cuadra. Salió del viejo establo lóbrego y bajó hacia la casa. Aparentemente no había visitas ni coches extraños y no se explicó la llamada de la campana. La casa reposaba en silencio a sus pies; un rectángulo estrecho, de piedra caliza local cortada a mano, que había soportado las intemperies de la zona durante un siglo. Estaba agazapada en una hendedura entre colinas; la fachada, encarada al este, miraba hacia la carretera distante, y la parte trasera, al

oeste, hacia los establos y los rediles. Los extremos eran paredes s3licas, de forma que ninguna puerta ni ninguna ventana se abr3a directamente a las feroces ventoladas norte-sur.

La campana estaba junto a la puerta trasera; una pesada campana de barco, colada en bronce, tra3da por los primeros colonos. Estaba suspendida entre dos altos tubos de acero y la cuerda reposaba a un lado. Casi nunca la usaban porque las camionetas iban equipadas con radios.

Sus botas hicieron crujir la hierba seca y la corteza de nieve al pasar por delante del esqueleto del molino de viento abandonado, del barrac3n en el que viv3a y del alto seto del huerto. Antes de entrar en la casa se limpi3 las botas en el raspador met3lico y luego penetr3 en el atrio.

En cuanto estuvo dentro se despoj3 de sus espuelas y guard3 los guantes en el bolsillo de su abrigo. Luego se quit3 el largo guardapolvo de lona, la camisa de lana gorda y los zahones de caza con cremallera que fue colgando de los ganchos alineados en la pared. Por 3ltimo se quit3 el sombrero y se pas3 autom3ticamente los dedos por el pelo para borrar la marca de la cinta del sombrero. Contrariamente a su padre, nunca llevaba sombrero en el interior. Para Owen, el sombrero no era m3s que un accesorio de su uniforme de trabajo y su utilidad se reduc3a a cubrirle la cabeza y a proteger sus ojos del exceso de luz.

Sin su vestimenta de vaquero, dej3 de ser una visi3n hist3rica para encamar a un hombre contempor3neo. Un hombre con el pelo casta3o oscuro, los ojos del azul intenso de la rama irlandesa de su familia paterna y la mirada reservada y pensativa que desde hac3a tanto tiempo caracterizaba a los parientes de su madre.

—¡Ya he llegado! —voce3 mientras pasaba del atrio a la cocina. El calor de la vieja estufa le di3 de lleno, y oy3 el ronroneo de la m3quina de coser que proced3a de la salita delantera.

Cruzó la cocina, se asomó al quicio de la puerta del salón y vio a su hermana mayor encorvada sobre la vieja Singer.

—¡Ellen! —gritó por encima del matraqueo de la máquina.

Su hermana retiró el pie del pedal y alzó la mirada por debajo de la franja de su flequillo. Su pelo desaliñado y sin brillo colgaba en desorden, y debajo de sus ojos aparecían dos medias lunas oscuras. Tenía treinta y cinco años, pero parecía mucho mayor.

—Te acaba de llamar Mike —le dijo ella fastidiada—. Su padre tiene el día jaranero y se ha ido con el camión a beber. Le da miedo que esta noche se quede tirado en alguna parte y se congele.

A Owen le sorprendió que su hermana le hiciera regresar al rancho para ayudar a los Wheeler. Despreciaba al viejo Wheeler y, de todas formas, era algo que podía hacerse después de la cena, con los faros de la camioneta. Pero lo único que dijo fue:

—Vale. Iré a buscarlo.

Regresó a la cocina para servirse un poco de café. Ellen lo había seguido y Owen alzó la cafetera.

—¿Quieres un poco?

Su hermana le dio a entender que no con un gesto de la mano; tenía las uñas comidas y en carne viva. Owen recordó la época en que todavía le brillaba el pelo, en que llevaba las manos cuidadas y en que su rostro no exhibía profundos surcos.

—¿Qué pasa? —le preguntó ella mientras lo observaba con detenimiento.

Owen fijó los ojos en la taza.

—He encontrado otro feto. Además, ha habido problemas con los toros.

—¿Qué ha ocurrido?

—El nuevo toro que compró Clancy; lo han vapuleado hasta dejarlo medio muerto.